

LOLA ORTIZ ILLESCAS
@unrinconmaravilloso

NO ES EL MOMENTO *o sí*



EL AMOR LLEGA
CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

OBERON

NO ES EL MOMENTO

LOLA ORTIZ

OBERON

ÍNDICE

DEDICATORIA	9
CAPÍTULO 1. LA DESPEDIDA	11
El viernes a las 10 os recojo en la gasolinera. Sed puntuales.	12
CAPÍTULO 2. EL PRINCIPIO DE TODO	17
CAPÍTULO 3. ALGO NO VA BIEN	21
CAPÍTULO 4. SIN PELOS EN LA LENGUA	27
Ok. Q vaya bien	31
CAPÍTULO 5. EL PRINCIPIO DEL FIN	33
Podéis llamar cuando queráis	39
CAPÍTULO 6. EL PUEBLO	43
CAPÍTULO 7. DESPUÉS DE UN TIEMPO	49
CAPÍTULO 8. UN CHICO LLAMADO CARLOS	51
CAPÍTULO 9. LA RESERVA	55
CAPÍTULO 10. LA SONRISA	61
CAPÍTULO 11. LA NOTITA DE CARLOS	65

CAPÍTULO 12. UN MIÉRCOLES CUALQUIERA	73
CAPÍTULO 13. LOCO	70
CAPÍTULO 14. EL PONIENTE DEL SUR	73
CAPÍTULO 15. OJALÁ	78
CAPÍTULO 16. MICROINFARTO	80
CAPÍTULO 17. LA PRIMERA CITA	85
CAPÍTULO 18. GRACIAS	92
CAPÍTULO 19. ES UN SECRETO	95
CAPÍTULO 20. PUEDES	100
CAPÍTULO 21. <i>DELLA MIA TERRA</i>	104
CAPÍTULO 22. UN DESAYUNO IMPROVISADO	109
CAPÍTULO 23. DONDE SIEMPRE	114
CAPÍTULO 24. UN BONITO ATARDECER	118
CAPÍTULO 25. NO ES EL MOMENTO	125
CAPÍTULO 26. NUNCA ES TARDE	128
CAPÍTULO 27. TODO. CON ELLA	131
CAPÍTULO 28. NO TE RINDAS	135
CAPÍTULO 29. SEPTIEMBRE	139
CAPÍTULO 30. SIN MIEDOS	147

CAPÍTULO 31. ABRIRSE EN CANAL	154
CAPÍTULO 32. FALTA EL TÍTULO	158
CAPÍTULO 33. LA VIDA ESTÁ PARA VIVIRLA	163
CAPÍTULO 34. OTRA VEZ NO	167
CAPÍTULO 35. LA DESPEDIDA	171
CAPÍTULO 36. CUMPLEAÑOS FELIZ	174
CAPÍTULO 37. EL ABRAZO QUE TE SALVA	179
CAPÍTULO 38. DICIEMBRE	183
CAPÍTULO 39. ETERNO	189
CAPÍTULO 40. EL REENCUENTRO	194
CAPÍTULO 41. LO MEJOR ESTÁ POR VIVIR	199
CAPÍTULO 42. UNA BOTELLA DE VINO	205
CAPÍTULO 43. LA NOTICIA	212
CAPÍTULO 44. UNOS CUANTOS SEGUIDORES	217
CAPÍTULO 45. UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD	221
CAPÍTULO 46. MIS PADRES	224
CAPÍTULO 47. UN SUEÑO	230
CAPÍTULO 48. LA TORMENTA	236
CAPÍTULO 49. UNA PESADILLA	242

CAPÍTULO 50. LA VUELTA A CASA 247

CAPÍTULO 51. EL FINAL DE UN LIBRO 251

CAPÍTULO 52. TE QUIERO 255

CAPÍTULO 53. QUERIDO PRESENTE 258

*Al amor de mi vida,
por enseñarme que el amor,
cuando es de verdad y se cuida,
nunca termina.*

Te quiero siempre más, gordi.

Hui.

Sigue sin gustarme mucho esa palabra. Parece que huir sueña a cobardía, pero creo que en aquel momento no lo fui. Tenía la vida perfecta, o eso quería pensar. Me adapté tanto como pude a lo que supuestamente me hacía —o me iba a hacer— feliz toda la vida. Una nueva ciudad, un trabajo de ensueño en un periódico para el que escribía artículos que me llenaban, un piso pequeño pero bonito y alguien que me esperaba al llegar.

Sin embargo un día todo cambió. Quizás siempre había sido así, pero hay vendas que no te permiten ver nada. Absolutamente nada. Y yo hasta ese día había estado ciega por completo. Ciega de amor. O no, en realidad eso no era amor, me niego a que lo sea. Tardé en darme cuenta, pero por suerte terminé por comprender que el amor no te hace daño.

Aquello que no era amor no era nada en el fondo, pero si algo estaba claro era que no me hacía bien. No me llenaba la vida de felicidad. No era bonito. No me aportaba nada bueno ni me daba paz. Y un día me di cuenta de que no era eso lo que quería y, lo más importante, de que no podía seguir permitiéndole a nadie que me humillara, que me hiciera pequeñita, que me destruyera.

Así que hui. Pero no por ello fui cobarde. Lo dejé todo por pensar en mí y en lo que merezco, y regresé al pueblo. Y hacer todo eso debe tener uno de esos premios importantes a la valentía.

CAPÍTULO 1. LA DESPEDIDA

Todo empezó en Cádiz, esa tierra de la que siempre he estado tan enamorada. Toda mi vida he pensado que Cádiz tiene algo especial, algo que no sé cómo explicar, un no sé qué que podría llamarse magia. He perdido la cuenta de cuántas veces he ido a allí, de cuántos pueblos he conocido o de cuántas veces me he extasiado en sus atardeceres, pero siempre tengo ganas de más. Donde fuiste feliz, siempre regresarás, dicen. Y allí volví una vez más.

Llevaba un montón de tiempo sin ver a mis amigas y, por tanto, un montón de tiempo escuchando su retahíla de indirectas: que si desde que me eché novio no me veían, que si como tenía un buen trabajo siempre estaba ocupada, que si ya no me hacían falta las amigas...

Si ellas supieran...

Lo cierto es que no daba para más y la vida en Barcelona se me hacía muy estresante, entre una cosa y otra no sacaba un rato para parar y apenas tenía vida social... A veces, de hecho, no tenía tiempo ni para coger el teléfono y mandar un mensaje. O sí, pero en cuanto me sentaba y cogía el móvil me quedaba dormida en el intento. Mis pocos ratos de ocio se limitaban a, cuando se alineaban los astros y Martín decía que le apetecía salir a hacer algo, bajar a cenar en el bar de abajo y poco más... Vaya, que mi vida en Barcelona era bonita porque me dedicaba a lo que me hacía feliz, pero por lo demás era un lugar del que me habría gustado salir desde hacía bastante tiempo.

Un día mis amigas, con razón, se hartaron de la situación, de echarme de menos, de no verme, y me plantearon una oferta que no pude rechazar: organizaron un finde en Cádiz. Sin pelos en la lengua me dijeron que o iba o iba y ya está. Sin excusas, sin opción b ni c. Esas son las amigas, las que nunca te dejan sola. Y ahí tuve claro que no podía decir que no. Porque las echaba de menos y porque Cádiz lo cura todo.

EL VIERNES A LAS 10 OS RECOJO EN LA GASOLINERA. SED PUNTUALES.

Escribió Sofi en nuestro grupo de WhatsApp: «Pa-to la vida». Lo creamos hace unos ocho años, y no exagero: lo abrimos el mismo día que empezaron los grupos en WhatsApp porque nos pareció la maravilla eso de poder hablar sin parar sin que nos costara ni un céntimo, ¡nosotras!, que habíamos acertado las palabras hasta hacerlas inteligibles para que el SMS saliera lo más barato posible; las mismas que dábamos un toque al llegar a casa para avisar de que habíamos llegado bien.

Cuando creamos el grupo, sin saber cómo ni por qué, pusimos ese nombre y luego, con el paso de los años, nos dimos cuenta de que nos definía a la perfección y de su verdadero significado. Y no solo porque estaremos juntas para toda la vida, sino porque todas somos patosas desde que nacimos. Patosas de las de verdad, de las que se caen en lo más llano, paradas esperando que se abra un semáforo, por ejemplo. Todas fuimos cortadas con la misma tijera y creo que, por eso, es tan difícil que nos separemos, estamos hechas las unas para las otras.

Nos conocimos en el pueblo hace muchos años. Primero «hicimos match» Sofi y yo en el instituto, cuando estábamos en esa edad insoportable que no sé ni cómo conseguimos ser amables. Será porque los polos opuestos se atraen, porque no podemos ser tan diferentes y, a la vez, tan inseparables. Que estamos hechas la una para la otra es irrefutable, pero que nos matamos vivas más de una vez, también. Ese mismo año conocimos a Julia una tarde de playa. Ella veraneaba en el pueblo todos los años con su familia, y ese verano se mudaron allí definitivamente porque a su padre le había salido un proyecto muy bueno. Entre charla y charla, descubrimos que era de fuera y quisimos integrarla como Dios manda. Gabriela llegó después, a final de año, en una noche de fiesta (cómo no). Creo que no la hubiésemos podido conocer en otro sitio. No preguntéis por esa noche, no sé cómo fue ni cómo empezamos a hablar, solo sé que nos hicimos íntimas las cuatro y que al día siguiente teníamos un *book* de fotos y unas cuantas risas, además de preguntas sin respuesta.

Me organicé para llegar al pueblo el día antes del finde con las chicas y así salir con ella directamente hacia Cádiz. Me apetecía mucho el plan, creo que no recordaba la última vez que había pasado un fin de semana con mis amigas. No echaba de menos salir de fiesta, beber y bailar hasta que me dolieran los pies, eso que tanto tiempo llevaba sin hacer, lo que necesitaba de verdad era simplemente estar con ellas, charlar de lo que fuera, intentar arreglar el mundo y reírnos por cualquier motivo. Esa dosis de energía que te llena el corazón.

Por un momento me olvidé del miedo y de ese nudo en el estómago que me entraba por dejar Barcelona unos días. No se trataba de que no fuera capaz de salir de esa burbuja que me atrapaba en aquella ciudad, sino del temor a las consecuencias que ese viaje tendría a mi vuelta. Pero, a pesar de todo, estaba convencida de que ese viaje era una buena decisión. No tenía ni idea, entonces, de hasta qué punto me cambiaría la vida.

Necesitaba salir de Barcelona, allí me sentía atrapada en un bucle interminable, como perdida en un bosque negro y feo del que no podía salir porque todos los caminos que partían de él parecían igual de oscuros y siniestros. Así estaba yo, incapaz de encontrar la salida correcta, un camino de colores, flores y luz, encerrada en una rutina que consistía en ir a trabajar todos los días y regresar a casa que no me atrevía a romper porque era mi lugar seguro. Mis amigas no tenían ni idea de hasta qué punto, con aquel viaje, me estaban rescatando.

—Te echaré de menos —le dije a Martín antes de salir de casa, aun sabiendo que no estaba muy segura de la verdad de esa frase.

Martín era mi novio. Un chico guapo y aparentemente bueno y agradable hasta que lo conocías bien y comprendías que también podía llegar a ser todo lo contrario. Nos conocimos en los últimos años de la universidad y, mientras yo me enamoraba hasta las trancas y me cegaba de amor, me hizo el lío de irme a vivir con él a Barcelona. Por suerte o por desgracia, encontré el trabajo de mi vida y por eso me quedé. Y allí estaba, tres años después, con veintiocho años, sin saber muy bien qué hacía allí o si debía quedarme.

—Más te vale —parecía que lo decía en broma, pero por debajo estaba ese tono serio, borde, desagradable... que implicaba muchas cosas más.

—Te he dejado comida preparada en la nevera; si no te la vas a comer, congélala para que no se ponga mala. No está la cosa para tirar nada.

—Claro, haré lo que tú digas.

—De nada. Pásalo bien, cariño, yo también te quiero.

Y sin más respuesta por su parte, me fui. Sin beso de despedida y con mucha rabia por dentro, dando un portazo que, como dice la canción de Sabina, sonó como signo de interrogación, de esos que retumban todo el edificio y te ayudan a descargar toda la rabia que tienes dentro.

En cuanto entré en el ascensor me puse a llorar sin consuelo y hasta me planteé volver, abrazarlo y hablarlo para no irme con ese mal sabor de boca. Pero sabía que no serviría para nada. Sería una discusión más para la colección y no quería volver a ser la misma tonta de siempre. Ya no, ya lo había sido demasiado tiempo. Además, tampoco era para tanto, después de no sé cuánto tiempo solo me iba un finde con mis amigas. No iba a permitir que nada me hiciera cambiar de opinión. Ni siquiera él. Esta vez no.

Me sequé las lágrimas como pude y miré el móvil. A pesar de todo mantenía la esperanza de recibir un mensaje suyo de disculpa, o simplemente en el que me deseara un buen viaje. Es lo que suelen hacer las parejas normales, supongo. Pero Martín no era así, ya no, su orgullo estaba por encima de todo. De modo que guardé el teléfono, paré un taxi y le pedí que me llevara al aeropuerto.

El taxista cargó mi maleta y mi bolso grande; le di las gracias como pude y me monté en la parte de atrás con la cabeza agachada, el corazón encogido y mil ganas de seguir llorando. Fui callada todo el trayecto, mirando por la ventana, seria, pensando en todo y nada a la vez, deseando llegar y desconectar. Me pregunté una y otra vez qué estaba haciendo, y en todas me insulté. Por suerte, la voz del taxista me sacó de mis cavilaciones.

—¿Por placer o por trabajo?

—¿Cómo?

—Que si viaja usted por placer o por trabajo.

—Por placer, un viaje con mis amigas después de mucho tiempo sin verlas.

—Entonces alégrese, seguro que lo pasan bien.

Ojalá, me faltó decir. Hice un amago de sonrisa mientras seguía dándole vueltas a qué era lo que estaba haciendo mal. El taxista supo entender mi silencio y, tal vez para acompañar mis pensamientos conectó la radio a muy bajo volumen, quizá pensando en no molestarme. Sonaba «Aunque tú no lo sepas», de Clara Lago y no pude evitarlo. De nuevo se me escapó una lágrima. Y otra. Y otra...

—Señorita, ha llegado a su destino.

El taxista, discreto, se bajó del coche para descargar mi equipaje, mientras yo intentaba secarme las lágrimas antes de bajarme. Me entregó mi maleta y mi bolso y con una sonrisa me deseó buen viaje y que lo pasara muy bien. Sonreí. Supongo que necesitaba algo tan simple como que alguien me lo dijera. Nadie me lo había deseado, supongo que ahí estaba el problema.

—Sonría más, señorita, le sienta muy bien. Y recuerde que nada es tan malo como parece.

Y se fue dejándome en la puerta de salidas del aeropuerto con mi maleta, una sonrisa a medias y un montón de dudas en mi cabeza.

«Algo no estoy haciendo bien», me dije. Pero no era momento de pararse a resolver eso en aquel momento: un avión me esperaba. Entré con prisas, pasé el control y me dispuse a buscar mi puerta de embarque.

NO ES EL MOMENTO O SÍ

LOLA ORTIZ ILLESCAS

OBERON

ÍNDICE

DEDICATORIA	9
CAPÍTULO 1. LA DESPEDIDA	11
El viernes a las 10 os recojo en la gasolinera. Sed puntuales.	12
CAPÍTULO 2. EL PRINCIPIO DE TODO	17
CAPÍTULO 3. ALGO NO VA BIEN	21
CAPÍTULO 4. SIN PELOS EN LA LENGUA	27
Ok. Q vaya bien	31
CAPÍTULO 5. EL PRINCIPIO DEL FIN	33
Podéis llamar cuando queráis	39
CAPÍTULO 6. EL PUEBLO	43
CAPÍTULO 7. DESPUÉS DE UN TIEMPO	49
CAPÍTULO 8. UN CHICO LLAMADO CARLOS	51
CAPÍTULO 9. LA RESERVA	55
CAPÍTULO 10. LA SONRISA	61
CAPÍTULO 11. LA NOTITA DE CARLOS	65

CAPÍTULO 12. UN MIÉRCOLES CUALQUIERA	73
CAPÍTULO 13. LOCO	70
CAPÍTULO 14. EL PONIENTE DEL SUR	73
CAPÍTULO 15. OJALÁ	78
CAPÍTULO 16. MICROINFARTO	80
CAPÍTULO 17. LA PRIMERA CITA	85
CAPÍTULO 18. GRACIAS	92
CAPÍTULO 19. ES UN SECRETO	95
CAPÍTULO 20. PUEDES	100
CAPÍTULO 21. <i>DELLA MIA TERRA</i>	104
CAPÍTULO 22. UN DESAYUNO IMPROVISADO	109
CAPÍTULO 23. DONDE SIEMPRE	114
CAPÍTULO 24. UN BONITO ATARDECER	118
CAPÍTULO 25. NO ES EL MOMENTO	125
CAPÍTULO 26. NUNCA ES TARDE	128
CAPÍTULO 27. TODO. CON ELLA	131
CAPÍTULO 28. NO TE RINDAS	135
CAPÍTULO 29. SEPTIEMBRE	139
CAPÍTULO 30. SIN MIEDOS	147

CAPÍTULO 31. ABRIRSE EN CANAL	154
CAPÍTULO 32. LOS BUENOS DÍAS	158
CAPÍTULO 33. LA VIDA ESTÁ PARA VIVIRLA	163
CAPÍTULO 34. OTRA VEZ NO	167
CAPÍTULO 35. LA DESPEDIDA	171
CAPÍTULO 36. CUMPLEAÑOS FELIZ	174
CAPÍTULO 37. EL ABRAZO QUE TE SALVA	179
CAPÍTULO 38. DICIEMBRE	183
CAPÍTULO 39. ETERNO	189
CAPÍTULO 40. EL REENCUENTRO	194
CAPÍTULO 41. LO MEJOR ESTÁ POR VIVIR	199
CAPÍTULO 42. UNA BOTELLA DE VINO	205
CAPÍTULO 43. LA NOTICIA	212
CAPÍTULO 44. UNOS CUANTOS SEGUIDORES	217
CAPÍTULO 45. UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD	221
CAPÍTULO 46. MIS PADRES	224
CAPÍTULO 47. UN SUEÑO	230
CAPÍTULO 48. LA TORMENTA	236
CAPÍTULO 49. UNA PESADILLA	242

CAPÍTULO 50. LA VUELTA A CASA 247

CAPÍTULO 51. EL FINAL DE UN LIBRO 251

CAPÍTULO 52. TE QUIERO 255

CAPÍTULO 53. QUERIDO PRESENTE 258

*Al amor de mi vida,
por enseñarme que el amor,
cuando es de verdad y se cuida,
nunca termina.*

Te quiero siempre más, gordi.

Hui.

Sigue sin gustarme mucho esa palabra. Parece que huir sueña a cobardía, pero creo que en aquel momento no lo fui. Tenía la vida perfecta, o eso quería pensar. Me adapté tanto como pude a lo que supuestamente me hacía —o me iba a hacer— feliz toda la vida. Una nueva ciudad, un trabajo de ensueño en un periódico para el que escribía artículos que me llenaban, un piso pequeño pero bonito y alguien que me esperaba al llegar.

Sin embargo un día todo cambió. Quizás siempre había sido así, pero hay vendas que no te permiten ver nada. Absolutamente nada. Y yo hasta ese día había estado ciega por completo. Ciega de amor. O no, en realidad eso no era amor, me niego a que lo sea. Tardé en darme cuenta, pero por suerte terminé por comprender que el amor no te hace daño.

Aquello que no era amor no era nada en el fondo, pero si algo estaba claro era que no me hacía bien. No me llenaba la vida de felicidad. No era bonito. No me aportaba nada bueno ni me daba paz. Y un día me di cuenta de que no era eso lo que quería y, lo más importante, de que no podía seguir permitiéndole a nadie que me humillara, que me hiciera pequeñita, que me destruyera.

Así que hui, pero fui de todo menos cobarde. Dejar todo eso por pensar en mí y en lo que merezco, y volver al pueblo, debe tener uno de esos premios importantes a la valentía.

CAPÍTULO 1. LA DESPEDIDA

Todo empezó en Cádiz, esa tierra de la que siempre he estado tan enamorada. Toda mi vida he pensado que Cádiz tiene algo especial, algo que no sé cómo explicar, un no sé qué que podría llamarse magia. He perdido la cuenta de cuántas veces he ido a allí, de cuántos pueblos he conocido o de cuántas veces me he extasiado en sus atardeceres, pero siempre tengo ganas de más. Donde fuiste feliz, siempre regresarás, dicen. Y allí volví una vez más.

Llevaba un montón de tiempo sin ver a mis amigas y, por tanto, un montón de tiempo escuchando su retahíla de indirectas: que si desde que me eché novio no me veían, que si como tenía un buen trabajo siempre estaba ocupada, que si ya no me hacían falta las amigas...

Si ellas supieran...

Lo cierto es que no daba para más y la vida en Barcelona se me hacía muy estresante, entre una cosa y otra no sacaba un rato para parar y apenas tenía vida social... A veces, de hecho, no tenía tiempo ni para coger el teléfono y mandar un mensaje. O sí, pero en cuanto me sentaba y cogía el móvil me quedaba dormida en el intento. Mis pocos ratos de ocio se limitaban a, cuando se alineaban los astros y Martín decía que le apetecía salir a hacer algo, bajar a cenar en el bar de abajo y poco más... Vaya, que mi vida en Barcelona era bonita porque me dedicaba a lo que me hacía feliz, pero por lo demás era un lugar del que me habría gustado salir desde hacía bastante tiempo.

Un día mis amigas, con razón, se hartaron de la situación, de echarme de menos, de no verme, y me plantearon una oferta que no pude rechazar: organizaron un finde en Cádiz. Sin pelos en la lengua me dijeron que o iba o iba y ya está. Sin excusas, sin opción b ni c. Esas son las amigas, las que nunca te dejan sola. Y ahí tuve claro que no podía decir que no. Porque las echaba de menos y porque Cádiz lo cura todo.

EL VIERNES A LAS 10 OS RECOJO EN LA GASOLINERA. SED PUNTUALES.

Escribió Sofi en nuestro grupo de WhatsApp: «Pa-to la vida». Lo creamos hace unos ocho años, y no exagero: lo abrimos el mismo día que empezaron los grupos en WhatsApp porque nos pareció una maravilla eso de poder hablar sin parar sin que nos costara ni un céntimo, ¡nosotras!, que habíamos acertado las palabras hasta hacerlas inteligibles para que el SMS saliera lo más barato posible; las mismas que dábamos un toque al llegar a casa para avisar de que habíamos llegado bien.

Cuando creamos el grupo, sin saber cómo ni por qué, pusimos ese nombre y luego, con el paso de los años, nos dimos cuenta de que nos definía a la perfección y de su verdadero significado. Y no solo porque estaremos juntas para toda la vida, sino porque todas somos patosas desde que nacimos. Patosas de las de verdad, de las que se caen en lo más llano, paradas esperando al semáforo, por ejemplo. Todas fuimos cortadas con la misma tijera y creo que, por eso, es tan difícil que nos separemos, estamos hechas las unas para las otras.

Nos conocimos en el pueblo hace muchos años. Primero «hicimos match» Sofi y yo en el instituto, cuando estábamos en esa edad insoportable que no sé ni cómo conseguimos ser amables. Será porque los polos opuestos se atraen, porque no podemos ser tan diferentes y, a la vez, tan inseparables. Que estamos hechas la una para la otra es irrefutable, pero que nos matamos vivas más de una vez, también. Ese mismo año conocimos a Julia una tarde de playa. Ella veraneaba en el pueblo todos los años con su familia, y ese verano se mudaron allí definitivamente porque a su padre le había salido un proyecto muy bueno. Entre charla y charla, descubrimos que era de fuera y quisimos integrarla como Dios manda. Gabriela llegó después, a final de año, en una noche de fiesta (cómo no). Creo que no la hubiésemos podido conocer en otro sitio. No preguntéis por esa noche, no sé cómo fue ni cómo empezamos a hablar, solo sé que nos hicimos íntimas las cuatro y que al día siguiente teníamos un *book* de fotos y unas cuantas risas, además de preguntas sin respuesta.

Me organicé para llegar al pueblo el día antes del finde con las chicas y así salir con ella directamente hacia Cádiz. Me apetecía mucho el plan, creo que no recordaba la última vez que había pasado un fin de semana con mis amigas. No echaba de menos salir de fiesta, beber y bailar hasta que me dolieran los pies, eso que tanto tiempo llevaba sin hacer, lo que necesitaba de verdad era simplemente estar con ellas, charlar de lo que fuera, intentar arreglar el mundo y reírnos por cualquier motivo. Esa dosis de energía que te llena el corazón.

Por un momento me olvidé del miedo y de ese nudo en el estómago que me entraba por dejar Barcelona unos días. No se trataba de que no fuera capaz de salir de esa burbuja que me atrapaba en aquella ciudad, sino del temor a las consecuencias que ese viaje tendría a mi vuelta. Pero, a pesar de todo, estaba convencida de que ese viaje era una buena decisión. No tenía ni idea, entonces, de hasta qué punto me cambiaría la vida.

Necesitaba salir de Barcelona, allí me sentía atrapada en un bucle interminable, como perdida en un bosque negro y feo del que no podía salir porque todos los caminos que partían de él parecían igual de oscuros y siniestros. Así estaba yo, incapaz de encontrar la salida correcta, un camino de colores, flores y luz, encerrada en una rutina que consistía en ir a trabajar todos los días y regresar a casa que no me atrevía a romper porque era mi lugar seguro. Mis amigas no tenían ni idea de hasta qué punto, con aquel viaje, me estaban rescatando.

—Te echaré de menos —le dije a Martín antes de salir de casa, aun sabiendo que no estaba muy segura de la verdad de esa frase.

Martín era mi novio. Un chico guapo y aparentemente bueno y agradable hasta que lo conocías bien y comprendías que también podía llegar a ser todo lo contrario. Nos conocimos en los últimos años de la universidad y, mientras yo me enamoraba hasta las trancas y me cegaba de amor, me hizo el lío de irme a vivir con él a Barcelona. Por suerte o por desgracia, encontré el trabajo de mi vida y por eso me quedé. Y allí estaba, tres años después, con veintiocho años, sin saber muy bien qué hacía allí o si debía quedarme.

—Más te vale —parecía que lo decía en broma, pero por debajo estaba ese tono serio, borde, desagradable... que implicaba muchas cosas más.

—Te he dejado comida preparada en la nevera; si no te la vas a comer, congélala para que no se ponga mala. No está la cosa para tirar nada.

—Claro, haré lo que tú digas.

—De nada. Pásalo bien, cariño, yo también te quiero.

Y sin más respuesta por su parte, me fui. Sin beso de despedida y con mucha rabia por dentro, dando un portazo que, como dice la canción de Sabina, sonó como signo de interrogación, de esos que retumban todo el edificio y te ayudan a descargar toda la rabia que tienes dentro.

En cuanto entré en el ascensor me puse a llorar sin consuelo y hasta me planteé volver, abrazarlo y hablarlo para no irme con ese mal sabor de boca. Pero sabía que no serviría para nada. Sería una discusión más para la colección y no quería volver a ser la misma tonta de siempre. Ya no, ya lo había sido demasiado tiempo. Además, tampoco era para tanto, después de no sé cuánto tiempo solo me iba un finde con mis amigas. No iba a permitir que nada me hiciera cambiar de opinión. Ni siquiera él. Esta vez no.

Me sequé las lágrimas como pude y miré el móvil. A pesar de todo mantenía la esperanza de recibir un mensaje suyo de disculpa, o simplemente en el que me deseara un buen viaje. Es lo que suelen hacer las parejas normales, supongo. Pero Martín no era así, ya no, su orgullo estaba por encima de todo. De modo que guardé el teléfono, paré un taxi y le pedí que me llevara al aeropuerto.

El taxista cargó mi maleta y mi bolso grande; le di las gracias como pude y me monté en la parte de atrás con la cabeza agachada, el corazón encogido y mil ganas de seguir llorando. Fui callada todo el trayecto, mirando por la ventana, seria, pensando en todo y nada a la vez, deseando llegar y desconectar. Me pregunté una y otra vez qué estaba haciendo, y en todas me insulté. Por suerte, la voz del taxista me sacó de mis cavilaciones.

—¿Por placer o por trabajo?

—¿Cómo?

—Que si viaja usted por placer o por trabajo.

—Por placer, un viaje con mis amigas después de mucho tiempo sin verlas.

—Entonces alégrese, seguro que lo pasan bien.

Ojalá, me faltó decir. Hice un amago de sonrisa mientras seguía dándole vueltas a qué era lo que estaba haciendo mal. El taxista supo entender mi silencio y, tal vez para acompañar mis pensamientos conectó la radio a muy bajo volumen, quizá pensando en no molestarme. Sonaba «Aunque tú no lo sepas», de Clara Lago y no pude evitarlo. De nuevo se me escapó una lágrima. Y otra. Y otra...

—Señorita, ha llegado a su destino.

El taxista, discreto, se bajó del coche para descargar mi equipaje, mientras yo intentaba secarme las lágrimas antes de bajarme. Me entregó mi maleta y mi bolso y con una sonrisa me deseó buen viaje y que lo pasara muy bien. Sonreí. Supongo que necesitaba algo tan simple como que alguien me lo dijera. Nadie me lo había deseado, supongo que ahí estaba el problema.

—Sonría más, señorita, le sienta muy bien. Y recuerde que nada es tan malo como parece.

Y se fue dejándome en la puerta de salidas del aeropuerto con mi maleta, una sonrisa a medias y un montón de dudas en mi cabeza.

«Algo no estoy haciendo bien», me dije. Pero no era momento de pararse a resolver eso en aquel instante: un avión me esperaba. Entré con prisas, pasé el control y me dispuse a buscar mi puerta de embarque.